

deras celebridades. Como ejemplo, vasta enumerar a los siguientes: Para Cajamarca, a Vicente Pita Barrantes, Amalia Puga de Losada y a Horacio Villanueva Urteaga. Para Trujillo, a Carlos Camino Calderón, Alberto Larco Herrera, Nicolás Rebaza y Santiago Vallejo. Para Piura, a Enrique López Albújar. Para Arequipa, a José Luis Bustamante y Rivero, Leónidas Bernedo Málaga, Germán Leguía y Martínez, Víctor Barriga, Víctor Andrés Belaunde, Vladimiro Bermejo, Santiago Martínez, Francisco Mostajo, Jorge Polar, Juan Gualberto Valdivia. Para el Cuzco, a Narciso Aréstigue, Clorinda Matto de Turner, Felipe Cosío del Pomar, Diego de Esquibel y Navia, Uriel García, Fortunato Herrera, Jorge A. Lira, Luis A. Pardo. Para Ayacucho, a Gervasio Alvarez, Filiberto García Cuéllar, Fidel Olivas Escudero, Efraín Morote Best, Luis T. Cavero y José Ruíz Fowler. Para Puno, a Emilio Romero. Y así sucesivamente, aunque en menor escala para los demás Departamentos. Para Lima, la lista es evidentemente fabulosa, por razones obvias.

Por cierto que en el libro de Moreyra y Paz Soldán, no solamente desfilan los autores que publicaron sobre sus provincias natales. No. También figuran los que escribieron sin haber nacido en ellas, inclusive constan los escritores extranjeros. *Verbigratia*, el limeño Guillermo Lohman Villena, que escribió una brillante historia de Huancavelica; el español Alberto Gridilla, quien historió los monumentos arquitectónicos de Cajamarca; el francés Louis Langlois, quien hizo una monografía sobre Cuélap. Y así por el estilo.

Por estas razones, acerca del libro de Moreyra y Paz Soldán, sin ninguna hipérbole podemos decir que es el complemento necesario de las *Fuentes Históricas Peruanas* (Lima, 1955), de Raúl Porras Barrenechea. De ninguno de ellos se podrá prescindir desde ahora para el estudio y análisis de la historia del Perú. Sencillamente porque el segundo constituye el repertorio de las fuentes de la historia nacional, y el primero, el inventario y comentario de las fuentes de la historia, geografía, literatura y folklor provincial y regional.

Waldemar Espinoza Soriano

GUERRA CON CHILE. La Campaña del Sur. Memorias del General Juan Buendía y otros documentos inéditos. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte S.J. Editor Carlos Milla Batres. Lima, 1967. 240 pág.

La bibliografía nacional, se enriquece con una nueva obra, púlcramente editada por Carlos Milla Batres, relacionada con la campaña del Sur, durante la guerra con Chile, y la actuación que en ella le cupo al General Juan Buendía, la misma que está precedida de una serena introducción y notas del R. P. Rubén Vargas Ugarte S. J., connotado y erudito historiador, a quien tanto debe el pasado del Perú, con sus numerosas obras

de esta índole, que ha publicado sin desmayos ni fatigas en el decurso de varios años. Se trata aquí de una obra de primordial interés, no muy bien estudiada hasta la fecha, y que hoy cobra actualidad palpitante, relievando hechos desconocidos y por lo tanto ignorados. El Dr. Vargas Ugarte ha examinado con toda detención el archivo del General Buendía llegado a sus manos de parte de sus familiares y constante de documentos de inapreciable valor, que permiten al leerlos, darse cuenta del estado en que se hallaban los ejércitos del Perú, Bolivia y Chile, de las campañas que se sucedieron en un dilatado lapso y del papel que en ellos jugaron los hombres representativos de los tres países mencionados.

Muy discutida ha sido la actuación del General Buendía, juzgándosele de diversa manera, pero cuando se recorre toda ella, serenamente y sin pasión, a la luz de una versión verídica venida de un actor y testigo presencial, los juicios severos se modifican y el protagonista sale incólume en el teatro de los acontecimientos en que le tocara actuar en una etapa infausta.

Nacido en Lima, en las postrimerías de la Colonia, como hijo de don Antonio Buendía y Santa Cruz, Marqués de Castrillón, y de la respetable dama doña Josefa Noriega, demostró desde su edad juvenil singular atracción por la carrera de las armas, siendo así que muy joven aún, pues apenas contaba 17 años, ya lo vemos figurando en 1834 con el grado de teniente defendiendo el orden legal personificado en el Gran Mariscal Luis José de Orbegoso, cuando la insurrección del Coronel Pedro Bermúdez, protegido del Gran Mariscal Gamarra, recibiendo su bautismo de sangre en la acción bélica de Huaylacucho, que se epilogó días después con el abrazo de Marquihuayo. A partir de estos momentos, el General Buendía continuó ininterrumpidamente su carrera, tomando parte en las luchas políticas que se siguieron en el Perú en un verdadero desenfreno militar. Por su comportamiento heroico y decidido, fiel a la disciplina que había jurado cumplir y mantener, obtuvo premios y medallas, que así lo acreditaban, tal como aparece en su foja de servicios, que ha exhumado el doctor Vargas Ugarte, y con la que se dá comienzo al libro ricamente documentado que acaba de ver la luz pública y que define la personalidad del General Buendía en los acontecimientos encontrados.

Así, en la guerra con Bolivia, en 1841, se batió como debía frente al enemigo, y por su comportamiento digno, se le dio opción a llevar el escudo de los defensores del sur. Al lado de Castilla combatió en los campos de La Palma el 5 de Enero de 1855, y siempre siguiendo al Gran Mariscal se distinguió en el asalto a Arequipa que concluyó con la revolución del remitente Vivanco. Años después se suma a las fuerzas del General Pedro Díez Canseco, y al producirse el conflicto con España concurre al combate del Callao el 2 de Mayo de 1866 bajo las órdenes del Coronel José Joaquín Inclán, jefe de las "Baterías del Norte", mereciendo por su actuación el que se le confiriera el título de "Benemérito a la Patria en grado Heroico".

En 1874 marcha al sur acompañando al Presidente don Manuel Pardo a combatir a las fuerzas sublevadas de don Nicolás de Piérola, las que son dispersadas el 6 de Diciembre de aquel año en el combate de Los Angeles. Su carrera militar tan accidentada se corona con los grados de General de Brigada y de División que le son otorgados el 7 de Marzo de 1858 y el 3 de Marzo de 1875 respectivamente.

El 4 de Abril de 1879 fue designado por el Presidente General Prado, General en Jefe del Ejército del Sur, con cuyo carácter tomó parte en la guerra con Chile, aunque la fortuna no le acompañase en esta emergencia. Muchas circunstancias influyeron en los desastres que se sucedieron, dada la organización de las fuerzas y las emulaciones y rivalidades que existían entre los jefes de los comandos, lo que el General Buendía observa desde los primeros momentos consignándolo en los partes que se elevan a la superioridad. Lo atestiguan así el descalabro de Pisagua en que nada pudo nuestro ejército aliado al de Bolivia contra los invasores que pagaron bien caro su victoria ante la obstinada resistencia que les opusieron las fuerzas peruanas del Coronel Isaac Recavarren y las del General Villamil llamando la atención el heroísmo desplegado en la plaza el 2 de Noviembre de 1879. El General Buendía sin amilanarse un solo instante, emprendió la retirada de Pisagua, en una penosa marcha para sorprender y atacar a las tropas chilenas en el cerro de San Francisco, comprometiéndose la batalla el 19 de Noviembre con resultado adverso al ejército peruano, lo que obligó al General Buendía a trasladarse a Tarapacá, donde el 27 de Noviembre nuestras fuerzas hicieron cejar el enemigo en completo desorden, huyendo el coronel Arteaga con los soldados que comandaba. Cumplido este triunfo inobjetable, el General Buendía ordenó sin pérdida de tiempo la marcha sobre Arica adonde entró el 18 de Diciembre. El Jefe supremo que se encontraba en aquel lugar y que iba a partir a Lima adoptó una serie de diversas providencias, y una de ellas fue la de nombrar en reemplazo del General Buendía al Contralmirante Lizardo Montero como Jefe del Ejército Peruano, con más el agregado de confiarle la Jefatura superior política y militar de los departamentos del sur. Buendía había caído en desgracia, iniciándosele entonces un juicio por los descalabros militares acontecidos en el sur, designándose el 4 de Diciembre de 1880 un Consejo de Guerra que presidiría el Comandante del Ejército del Norte General de Brigada Ramón Vargas Machuca. Este documento que en su integridad reproduce el P. Vargas Ugarte, permite apreciar cual fue la conducta de Buendía con respecto a las disposiciones que adoptó frente a los desastres de Pisagua y San Francisco, lo que en nada maltrata su reputación de esclarecido jefe y pundoroso militar. Este jurado interrumpió sus deliberaciones durante el curso de las operaciones bélicas, pero Buendía insistió en que se le convocase nuevamente, tal como se desprende de sus peticiones al General Iglesias el 15 de Diciembre de 1884, al Consejo de Gobierno que le sucedió el 21 de Diciembre de 1885, al gobierno del General

Cáceres en 8 de Julio de 1887, al Gobierno de Lima en 1890 y al de Piérola en 10 de Octubre de 1880. Nada consiguió empero, pues el 2 de Diciembre de 1891 la Cámara adoptó la resolución de que quedaba prescrita desde aquel momento cualquier causa instaurada por la campaña de 1879.

En el libro que ligeramente comentamos resaltando lo consignado en sus más saltantes páginas, se reproducen cartas inéditas cambiadas entre Buendía e Iglesias, Montero y García Calderón, Villamil y Sáenz Peña y la correspondencia también desconocida cursada por el General Prado al General Buendía y constante de 19 cartas que por su contenido permiten apreciar como fue que se desarrollaron los sucesos del sur desde la invasión de Pisagua y la ninguna responsabilidad que le cupo al General Buedía, ya que adoptó todas las providencias imaginables para impedir tal descalabro, lo mismo que la derrota de San Francisco y la victoria de Tarapacá que en algo opacó los desastres anteriores. En todo momento Buendía estuvo en contacto con el Jefe Supremo y con los principales jefes tales como Recavarren, Suárez y Cáceres. En la correspondencia que reseñamos, se siguen paso a paso la forma como lucharon nuestras fuerzas contra los adversarios, el estado de los parques de guerra, el número de combatientes de uno y otro lado, la relación de jefes y oficiales que tuvieron a su cargo la conducción de las tropas, las conferencias que se sucedieron y la altivez y el arrojo de Buendía para comportarse después del desastre sin cesar un solo instante, poniéndose en todo momento al servicio de la patria, viniendo al infortunio que lo asediaba, lo que se comprueba fehacientemente con la carta que le dirige Iglesias, comunicándole que ha sido nombrado primer ayudante de campo del Jefe Supremo de la República don Nicolás de Piérola y en contestación a la carta que le remitiera en 11 de Agosto de 1882, que la "nación le ha dado una espada para defenderla o morir en su sentimiento y en defensa de su integridad y lustre". En parecida forma se dirige a Montero después de la caída de la Dictadura en 3 de Octubre de 1883 en que le solicita disponga de él "como soldado o como lo tenga a bien". Como se ve, Buendía no rehuye sus servicios y que no obstante su edad, afronta todos los azares y peligros de la guerra como si estuviera batallando en plena juventud. La *Memoria* que se publica en este libro permite formarse un juicio cabal de su conducta en el conflicto bélico con Chile y de la participación muy directa que lo cupo como jefe de las fuerzas del sur, lo que se corrobora con los anexos que se intercalan y las cartas de los jefes como Recavarren, Suárez, Villamil, Velardo, Bustamante y otros más, que tienen marcada participación en tales hechos. En el *Memorandum Reservado*, que también figura en este libro documentado, Buendía refuerza sus argumentos y hace graves cargos contra el ejército boliviano y sus jefes inmediatos Hilarión Daza y Narciso Campero. En una palabra, mediante la lectura de los irreprochables documentos que aquí se

citan fulgura mucha luz ante la iniciación de la contienda guerrera que nuestro país mantuviera con la vecina República del Sur.

Entre la serie de piezas documentales que valorizan el libro publicado por el P. Vargas Ugarte, figura la n^o 16 que es un *Memorandum Reservado* y la n^o 17 que son unos *Apuntes* sobre el primer ejército del sur que contienen datos muy interesantes, así como los anexos que los refuerzan y mediante la lectura y apreciación de los cuales quien investigue esos sucesos podrá formarse una idea de cómo se desarrollaban las operaciones bélicas y juzgar con verdadero conocimiento de causas.

El General Buendía que pasó durante el conflicto guerrero con Chile por momentos muy amargos y dolorosos llegándose hasta someterlo a juicio que no llegó a prosperar pero que él pidió con insistencia se le convocase exhibió una conducta digna y decorosa durante los preliminares del proceso y continuó entonces batallando, como lo comprueban su actuación en las batallas de San Juan y Miraflores habiendo actuado en esta última como Jefe de Estado Mayor, en cuyo carácter y ocupada Lima por las fuerzas enemigas se trasladó a Arequipa de donde regresó a Lima formando parte de la Junta Consultiva de Guerra. Pasados todos estos azares se designó al General Juan Buendía y por decreto supremo de 5 de Enero de 1891 Presidente del Consejo de Guerra en la causa instaurada contra don Nicolás de Piérola que no llegó a dar cumplimiento a sus funciones, siendo nombrado Buendía para el bienio 1892-1893 Presidente de la Sociedad Vencedores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo, falleciendo en Lima el 27 de Mayo de 1895 y a los 79 años de edad.

Debemos hacer presente que en la obra de don Mariano Felipe Paz Soldán sobre la *Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, se reproduce el *Memorandum* del General Buendía fragmentado y hasta ese entonces inédito (1884), el mismo que con el calificativo de *Memoria* reproduce en su libro el P. Vargas Ugarte, pero en toda su extensión sin recortarle nada.

Parte culminante de esta obra la constituyen las cartas cambiadas entre el General Prado y el General Buendía que no se conocían hasta estos momentos. Por el contenido de las mismas se ve el celo que desplegó el Jefe de Estado por conseguir el triunfo de las armas peruanas y las instrucciones que impatiera a Buendía, dándole al mismo tiempo razón detallada de la campaña marítima y de las providencias que se adoptaban para vengar los desastres en la víspera, lo que no ocurrió por desgracia, salvo el paréntesis glorioso de Tarapacá en que nuestras fuerzas derrotaron a los invasores infligiéndoles severa derrota. En la correspondencia de 31 de Marzo de 1880 y dirigida por Buendía al General Prado, fuera ya del poder, es donde se puede apreciar la amistad que unía a ambos y la conducta tan alturada de Buendía, quien le dice a Prado: "Angustiado como me encuentro al contemplar a Ud. lejos de nuestra patria; fuera del círculo de sus amigos y, tal vez, sin recursos, porque en la honradez que le reconozco, creo que ni sus enemigos se atreven a negarlo, esté Ud. su-

friendo las mortificaciones de la escasés, me tomo la libertad (suplicándole antes me disimule tal confianza) de rogarle disponga, con entera franqueza de lo poco que poseo y que, jamás, ni en cosa alguna podrá ser mejor empleada por mí, que en atender a Ud. mi respetado General y apreciadísimo amigo, esperando acepte Ud. mi sincero ofrecimiento, rogándole al mismo tiempo me dispense el honor de prevenir a la señora Magdalena, mi respetada y apreciadísima amiga, que si tuviese necesidad de recursos, ocurra a mí. Honre al que es el mejor amigo de Ud. y se llenará de complacencia si llegó a lograr una oportunidad de serle útil”.

Los sentimientos de Buendía se ponen aquí de manifiesto. Como el General Prado no posee bienes ni fortuna de ninguna clase y esto lo sabe Buendía, se da cuenta de la situación en el extranjero de su amigo el Jefe de Estado depuesto por un golpe de cuartel y de aquí que le brinde aquello de lo que puede disponer con la más grande sinceridad y franqueza.

Igualmente el General Prado le explica confidencialmente a Buendía los motivos de su salida al extranjero para conseguir armamento de guerra perdido como ya estaba el dominio del mar, lo que consigna en su carta fechada a bordo del *Payta*, en Guayaquil, y a 12 de Diciembre de 1879 y en que entre otras cosas le dice: “Supongo que mi intempestiva salida de Lima, haya dado lugar a comentarios de todo género, y no dudo que, principalmente los espíritus estrechos se hayan entregado a las apreciaciones apasionadas, sin exceptuar, las más desfavorables, persiguiendo el propósito de no cumplirse justicia jamás y, sin darse la pena de reconocer mi espíritu y mis trabajos, durante el tiempo que sirvió al país. Pero tratándose del bien de la República, me sobrepongo a todo, importándome poco el momentáneo sacrificio de mi reputación y mi nombre desde que me asisten el convencimiento de proceder bien y la esperanza de que después los elevaré a gran altura. Si algunos pudieran atribuir a mi marcha reservada un fin mezquino, bástales ver que dejo allí mi familia, entregada solo al amparo de la Providencia, para persuadirme de que únicamente un fin grandioso ha podido moverme a realizar este viaje, cuya reserva y motivos ha llegado la ocasión de explicar”.

El General Prado le da a conocer a Buendía las razones que lo impulsan a salir del país para buscar en Europa los elementos de defensa que éste necesita y hacer con toda eficacia la guerra al enemigo, y por eso y en forma rotunda le expresa lo relacionado con su viaje, diciéndole: “Si él responde a mi fé y a mi decisión nada me será más satisfactorio que traer algo, ya sea para hundirme en el mar o para ofrecer al Perú la más espléndida victoria”.

Nada de esto se logró empero. Iguales expresiones de Prado se manifiestan en la correspondencia que le dirige a Montero en que le da a saber el motivo de su viaje al viejo mundo con estas palabras verídicas consignadas en la carta que le dirige desde Lima y a 18 de Diciembre de 1879: “En el estado en que hoy nos encontramos, la guerra con Chile tiene

que ser muy larga, a la vez que llena de dificultades y muy dispendiosa para nosotros; porque siendo ésta principalmente marítima, con solo los elementos de tierra de que podemos disponer, llevamos sin duda la parte más pesada. Hay pues absoluta necesidad de proveerse, a todo trance, de elementos de mar, por lo menos de un poderoso blindado, capaz de hacer frente a la escuadra enemiga”.

“La indispensable adquisición de estos elementos en Europa se dificulta hasta hoy especialmente por la falta de recursos y la inconcebible competencia entre los numerosos comisionados que se han enviado con tal fin porque desgraciadamente en todas partes se dan lugar a las rivalidades y a las emulaciones apasionadas, dañando así los intereses del país.

“En tal situación, y después de pensar con madurez e impelido por un sentimiento altamente patriótico, he tomado la resolución de marchar a Europa, en demanda de los mencionados elementos, y la he adoptado sin vacilar aun a riesgo de que algunos espíritus ligeros me increpen con este motivo porque estoy convencido de que es el mayor servicio que en las presentes circunstancias puedo prestar a mi patria, a cuya conveniencia estoy decidido a sacrificarlo todo”.

Y finaliza diciendo “Voy investido de poderes amplios, que me permitirán remover cualquier obstáculo para la pronta adquisición de los elementos marítimos, al mismo tiempo que para hacer con nuestros acreedores arreglos convenientes a fin de impedir que los chilenos exploten impunemente nuestras riquezas de Tarapacá.

“Con la representación que llevo, y mi inquebrantable voluntad de servir al país, me prometo mucho de mi marcha a Europa. Sólo deseo que el país tenga fe en mi patriotismo, yo contaré con hechos”.

La revolución de Piérola que estallara el 21 de Diciembre acabó y para siempre con estos sanos y elevados propósitos, y derrocado el Vicepresidente General Luis La Puerta, el jefe triunfante se proclamó dictador siendo reconocido como tal 3 días después de aquel deprimente acto que precipitó los descalabros sufridos por el Perú en su contienda con Chile.

A este respecto es muy elocuente la carta que el General Prado le dirige a Montero jefe de las fuerzas del sur, desde el Hotel de Albermarle en Nueva York, y con fecha 8 de Enero de 1880:

“Al desembarcar tiene Ud. que me he encontrado con la realización de un acontecimiento tan inesperado, como fuera de todo cálculo. Grande ha sido mi sorpresa cuando he sabido que apenas salí se operó en Lima un movimiento revolucionario, proclamando como Dictador a don Nicolás de Piérola, quien nombró nuevos ministros cuyos nombres figuran en los diarios de esta capital, refiriéndose a telegramas recibidos desde antes de mi arribo, por consiguiente comprenderá usted que lo que le escribí a bordo del *Andes* no tiene ya la significación que le daba en las primeras horas del día 6, cuando ignoraba por completo los sucesos que tan profundamente han alterado la normalidad política de la República.

“No puedo concebir algo que más tristemente impresione mi ánimo, y no porque me importe un ápice el mando que dejo, cuánto porque preveo que, tal vez, la revolución frustrando mis planes que acaso habrían sido salvadores, acarreará males al país que no será dado remediar fácilmente.

“En verdad al encontrarme yo aquí sin la investidura, sin la autoridad y sin los poderes que traía anula por entero mi acción, destruyendo cálculos y proyectos que, nadie como yo, podría realizarlos en favor del país.

“Sin embargo en estas dolorosas circunstancias, escuchando solo la inspiración de mi sano patriotismo hago votos porque el nuevo orden de cosas sea benéfico al país, y créalo Ud., se lo digo con ingenuidad como a todos: si los hombres de hoy lograran salvar al Perú yo sería el primero en tributarles un aplauso tan leal como desinteresado”.

Por los términos de esta misiva se puede aquilatar mejor los nobles sentimientos que abrigaba el General Prado. Sin odios ni rencores para con nadie, no anhelaba otra cosa que la grandeza de la patria, así se tratase de sus enemigos más recalcitrantes, como ocurrió con Piérola, a quién en los preliminares del conflicto ofreció la formación del Gabinete para que colaborase a su lado, a lo que no accedió el caudillo rebelde, para sublevarse después y proclamarse dictador como lo acabamos de ver. La guerra se perdió empero, dándose el caso escandaloso de que en la etapa de una guerra nacional se produjese el funesto cuartelazo que se tradujo frente al enemigo en una serie de desastres continuados. La correspondencia, pues, que en extenso se reproduce en este libro, arroja torrentes de luz para sopesar los dolorosos acontecimientos que se sucedieron en el curso del conflicto armado, en que el Perú heroicamente sobrellevó su adversidad, batiéndose con denuedo en la lid que mantuviera con el irascible vencedor.

Recapitulando lo hasta aquí expuesto, diremos que completan esta obra cartas de reconocidos políticos peruanos y bolivianos, inéditas en su mayor parte, por lo que el historiador de mañana, teniendo a la vista su contenido, podrá juzgar los hechos y la forma como se comportaron los testigos del drama vivido, el que a mayor abundamiento se refuerza con mapas, planos y croquis, de las acciones de armas que tuvieron lugar en Pisagua, San Francisco y Tarapacá, telegramas y partes oficiales, así como la reproducción facisimilar de una carta del General Juan Buendía al General Prado y su respectivo retrato, que patentiza la fisonomía de este pundoroso militar, General en Jefe de Ejército del Sur, cuya *Memoria*, y nutrida correspondencia, exhumadas después de varios lustros, por el eminente historiador P. Rubén Vargas Ugarte, representan documentos de insuperado valor, en los anales de la guerra con Chile.

Evaristo San Cristóbal.